

# Saberes Académicos y Reflexión Crítica en América Latina

Nelly Richard

Universidad de Arcis, Chile

revista@entelchile.net

Si, tal como aparece formulado en la introducción de Daniel Mato a esta publicación, su propósito es contribuir a:

[...] visualizar la existencia en América Latina de un amplio campo de prácticas intelectuales en cultura y poder, el cual no sólo comprende a los medios universitarios y la producción de “estudios” que asumen la forma de publicaciones académicas, sino también otros tipos de prácticas que también poseen carácter reflexivo y que se relacionan con la de diversos movimientos sociales (por ej: feminista, indígena, afrolatinoamericano, de derechos humanos, etc.) (Mato,2001:12)

Podemos fácilmente acordar que la amplitud de dicho propósito se ve reflejada en el índice mismo del libro que testimonia de una heterogeneidad de marcos disciplinares y filiaciones intelectuales, de una variedad de objetos de estudio y registros investigativos, de una multilocalidad política de campos de acción y escenarios de intervención que convocan, diversamente, estas reflexiones sobre “cultura” y “poder” en “América Latina”.

No habría forma de resumir la pluralidad y extensividad de las perspectivas de trabajo que abren estas diversas reflexiones, ni menos de entrar en el detalle de lo que cada texto se propone afirmar o discutir. Sin ningún afán de exhaustividad y desde un recorrido de lectura muy parcial y acotado (que no hace justicia a la variedad y diversidad de los campos de experiencia y problemáticas conceptuales aquí enunciadas), sólo pretendo recoger algunos de los énfasis que marcan ciertos textos para comentarlos en un diálogo informal.

## Los “estudios culturales latinoamericanos”: reproducción, diseminación, contaminación.

La preocupación que manifiesta D.Mato por la articulación entre “cultura” y “poder” parte cuestionando el nombre mismo de los “estudios culturales latinoamericanos” que ha pasado a denominar, oficialmente, el campo *académico* encargado de investigar dicha articulación. El nombre de “estudios culturales latinoamericanos” evocaría, para D. Mato, una traducción demasiado sumisa de “Cultural Studies”, un término que la globalización universitaria ha ido fijando como único estándar de homologación académico-metropolitano de todas aquellas prácticas latinoamericanas que ya no caben en el marco de las disciplinas tradicionales. D. Mato argumenta que el hecho de aceptar, así nomás, la etiqueta de “estudios culturales latinoamericanos”, nos coloca en posición subordinada frente a las reglas de constitución y legitimación académicas que fijan unilateralmente Estados Unidos e Inglaterra, cuyo modelo anglocentrista es responsable de deformar, tergiversar o excluir el reconocimiento de las prácticas latinoamericanas que reivindican para sí criterios de valoración *localmente diferenciados*.

Sabemos bien que la cuestión del *nombrar* (del asignar nombres para que se identifiquen ciertos objetos en función de una terminología que cobra validez en el interior de excluyentes pactos de legitimación sociocomunicativa e institucional) posee implicancias y consecuencias que repercuten en la definición, la clasificación y la inscripción de esos objetos, ya que un nombre es siempre recorte y modelaje de una determinada categoría de (inte)legibilidad. Otra forma de referirse a lo mismo es diciendo que:

[...] la producción de etiquetas que nombran dominantes culturales de nuestro tiempo no es gratuita. La lógica de la relación entre actores globales y locales en el campo de la academia, o mejor, de la diseminación de ideogramas, replica relaciones de poder en otras esferas. Al nombrar tendencias o paradigmas, los actores globales garantizan su prominencia y la afiliación de los locales a los universos discursivos que ellos, los globales, construyeron. El acto de nombrar nunca es inocuo, especialmente cuando se confunde con el acto de categorizar. Como afirma Spurr en su trabajo sobre la “retórica del imperio”: “el proceso a través del cual una cultura subordina a otra empieza con el acto de dar nombres” (1999:4) (Lins Ribeiro, 2001:163).

En ese sentido, resulta atendible el deseo de D. Mato de que las prácticas latinoamericanas se desmarquen de la uniformación implícita en el recorte serializador del nombre de “estudios culturales”, como nombre que transnacionaliza el paradigma de los “Cultural Studies”. Desde ya, cualquiera de los términos (“postmodernismo”, “postcolonialismo”, “subalternismo”, etc.) que van y vienen, cruzando latitudes, en los intercambios de posición entre los críticos latinoamericanos y la academia internacional, deberían despertar las mismas sospechas que “estudios culturales latinoamericanos”, ya que su metropolitanismo académico es igualmente responsable de crear confusiones y malentendidos. Es, en todo caso, legítimo partir desconfiando del mecanismo de estandarización de la academia globalizada que obliga las prácticas latinoamericanas, para acceder a la visibilidad internacional de los congresos y publicaciones *en inglés*, a satisfacer las convenciones (terminológicas y otras) que decreta el mercado académico-metropolitano, sacrificando así lo singular y diferencial de sus modalidades locales.

Se ha ya discutido ampliamente sobre las asimetrías de poder que subordinan las prácticas latinoamericanas a un control de los medios institucionales (universidades, editoriales, becas de investigación, fundaciones, etc.) que regula los intercambios de signos entre lo local y lo global siempre en beneficio de la jerarquía metropolitana. Las tecnologías de la reproducción universitaria —diseminadas por una red globalizante que multicoordina la academia norteamericana— formatea nombres y categorías para que la “diferencia latinoamericana” sea acomodable, fácilmente traspasable y convertible a los léxicos internacionales. El aparato de traducción del centro académico opera una síntesis homogeneizante que suprime la singularidad material de las *superficies de operación* en las que se articulan los saberes locales, al borrar los pliegues de microdiferenciación que singularizan cada una de nuestras localidades enunciativas y operativas.

Me parece que una manera eficaz de restituir el volumen y el espesor de esas tramas locales, pasa por un ejercicio como el que realizan aquí Alejandro Grimson y Mirta Varela. Al exhibir cómo “una especificidad histórico-cultural permitió imaginar conceptos y herramientas analíticas ignoradas tanto por las historias oficiales de los estudios culturales (que nunca atraviesan el Ecuador)

como por ciertas modas teóricas que no consiguen escapar de la actualidad”, los autores no sólo demuestran cómo “en la Argentina se plantearon aportes y debates contemporáneos a los desarrollados por los estudios culturales anglosajones” (Grimson-Varela, 2001:212). Ellos permiten, además, una comprensión *detallada* de cómo se van suscitando y desplegando ciertos debates locales cuyas apuestas teóricas sólo pueden ser comprensibles en función de las políticas de campo y las batallas de saber en las que, *coyunturalmente*, se inscriben.

Al retrazar el itinerario de formación del campo de los estudios en comunicación y cultura en Argentina, Grimson y Varela reconstruyen una historia de la teoría —anudada por la categoría de “recepción”— que hace falta para investigar los procesos de *traducción* y *diseminación* a los que dan lugar los viajes de la teoría en América Latina. Como bien sabemos, los campos de pensamiento cultural en América Latina han siempre tenido que ver con la recepción desfasada de lo que Roberto Schwartz llamó “las ideas fuera de lugar”, es decir, con los ensamblajes y las recombinaciones de teorías que atraviesan distintas fronteras antes de llegar a conectarse con una determinada localidad crítica. Hablar de “traducción” es hablar de la serie de apropiaciones, desapropiaciones y contra-propiaciones, que afectan a los materiales teóricos puestos a circular por las redes internacionales y, también, de la refuncionalización táctica de ciertos ángulos del debate internacional que, en un contexto local, son llamados de modo inédito a desplazar y transformar las relaciones de saber que se dan entre lo consolidado y lo emergente. Investigar las relaciones entre “cultura” y “poder” en América Latina debería suponer el análisis de cómo, en cada medio, se van articulando los campos institucionales y sus soportes operativos, las reglas de inscripción y legitimación de los saberes, las fuerzas de constitución o desconstitución de las disciplinas, etc. Habría todo un trabajo por hacer respecto de las diferentes condiciones bajo las cuales ciertos flujos teóricos se han ido productivizando en algunos contextos latinoamericanos y no en otros: ¿Por qué Gramsci o Foucault o Bourdieu o Williams o Benjamin, y de acuerdo a qué hábitos de recepción disciplinaria? ¿Bajo cuáles marcas de apropiación intelectual y para oponerse a qué trazados de normalización académica? Rastrear las zonas de traspaso y resignificación de los préstamos teóricos internacionales sirve para realzar las energías críticas que determinadas lecturas ayudan a estimular, en función de acotadas problemáticas conceptuales y localizaciones tácticas, bajo *urgencias* que llevan la novedad de lo importado a reafirmar o bien impugnar ciertas hegemonías de conocimiento, según las específicas configuraciones de poder académico en las que se hallan regionalmente inscritos los trasposos de la cita metropolitana.

El hecho de que la historia teórica de los debates argentinos en torno a la categoría de la “recepción” —tal como la recrean Grimson y Varela— pase no sólo por firmas de autores y líneas de investigación sino, también,

por la marca *posicional* de las revistas que intervienen en el debate político-cultural, se vincula a la idea de que, en América Latina, “las revistas culturales son un espacio privilegiado para registrar, entre otras cosas, la introducción y discusión de los referentes teóricos”, ya que “sus textualidades heterogéneas (las de las revistas) tienen, por un lado, un algo grado de permeabilidad a los nuevos discursos y, por el otro, generalmente son el órgano de expresión más o menos manifiesto de una agenda cultural” (Patiño, 1999:25). Revisar —de modo más o menos sistemático— el itinerario de las revistas latinoamericanas permitiría hacer emerger las condiciones políticas de la recepción local y mostrar cómo, bajo dictaduras, ellas se apropiaron *informalmente* de ciertos cuerpos teóricos mediante lecturas *oblicuas* que transgredieron completamente los protocolos académicos de las bibliografías metropolitanas. Muchas de esas revistas funcionaron como “*organizadores culturales*” que “generaron espacios de debate, confrontación y crítica poco institucionalizados” (Wortman, 2001:555) y que, por lo mismo, deben ser consideradas para expandir las fronteras institucionales de la cultura académica hacia campos más amplios de intervención político-cultural.

Un serio problema que deriva de la selección hegemónica que realiza el diseño metropolitano de las antologías sobre “estudios culturales latinoamericanos” es que dicha selección arma un tráfico de citas casi enteramente volcado hacia la internacionalización norteamericana. Para contrarrestar esa viciada tendencia metropolitana, varios textos de esta publicación se proponen destacar aportes como los de Osvaldo de Andrade (Ferreira 2001), Angel Rama (Poblete, 2001) o Aníbal Quijano (Pajuelo, 2001), en un gesto que ayuda al rescate de las genealogías de pensamiento que intervienen en la formación de una tradición crítica en América Latina. Ese gesto parecería complementarse con otro —sobre todo, para quienes provienen de los estudios literarios— que postula que los estudios culturales latinoamericanos “no representan únicamente una ruptura epistemológica con respecto a lo que se hacía antes —como lo es en general en el caso de los “Cultural Studies—” sino, sobre todo, una continuidad de nuestro propio desarrollo crítico latinoamericano” y que, incluso:

[...] los pensadores latinoamericanos de la cultura —a la manera de Rodríguez, Bello, Sarmiento, Martí, Rodó, Henríquez Ureña, Reyes, Fernández Retamar, González Prada, Mariátegui, Ortiz y Rama—son, en un sentido bien estricto, los verdaderos precursores de los Estudios Culturales Latinoamericanos (Ríos, 2001:421).

Es comprensible este deseo de querer reforzar una *continuidad* con el pasado regional para salvar la memoria de las tradiciones culturales latinoamericanas que se encuentran constantemente amenazadas de despidos y cancelación, en el globalizado paisaje académico de los “post” internacionales. Pero, al mismo tiempo, insistir tanto en esta dimensión fluida de continuidad entre el culturalismo de la tradición del ensayo latinoamericano y la actual fórmula académica de los estudios culturales amenaza, creo, con disimular los profundos cambios que

separan a ambos, partiendo por la disolución del aura humanística del ensayo como género (y escritura) que se ha visto reemplazada por la consagración del *paper* que, hoy, instaura el nuevo modelo tecno-operativo del conocimiento universitario. Varios rasgos de *discontinuidad* entre un antes (latinoamericanista) y un después (globalizado) de los “estudios sobre cultura y poder” en América Latina, merecen anotarse, retomando el hilo de una reflexión desplegada por B. Sarlo (1997): 1) la pérdida de protagonismo de la literatura como alegorización identitaria de una relación entre modernidad y tradición, hoy disuelta por los flujos desintegradores del neocapitalismo que hace que:

[...] las formaciones sociales no requieran ya de la intervención legitimadora de esos relatos modeladores de la integración nacional en la medida en que el Estado se retrae de los contratos republicanos de la representación del “bienestar común” y en que los medios de comunicación masiva y el consumo entretejen otros parámetros para la identificación ciudadana y sus múltiples exclusiones (Ramos, 1996).

2) El debilitamiento del lugar de autoridad de la crítica literaria como sistema de fundamentación del “valor”, dentro del proceso generalizado que lleva el pluralismo y el relativismo del mercado a impulsar la multiplicación indiferenciada de los signos y a borrar, entonces, la especificidad de lo literario que antes articulaba una reflexión *densa* sobre cultura, ideología y estética; 3) la hegemonía mediática de los lenguajes audiovisuales que, también, afecta la relación con el “texto”, desplazando su *volumen de interpretación-desciframiento* hacia una cuestión de *superficie de información*, regulada por un simple valor-circulación. El alcance de estos cambios es suficientemente dislocante como para atentar contra la idea de una continuidad lisa entre la tradición del ensayo cultural latinoamericano y los nuevos “estudios sobre cultura y poder”. Si bien ambos comparten una cierta travesía de las disciplinas, las circunstancias de hoy son radicalmente otras a las que pudo experimentar la crítica humanista: mientras ésta última se vivió a sí misma siempre desgarrada entre los horizontes de lo histórico-social, de lo político-ideológico y de lo crítico-estético-político (y mientras ésta se sintió siempre más atraída por la negatividad de lo irreconciliable que por el positivismo de las reconciliaciones), la fórmula exitosa de los estudios culturales obedece hoy a las reconversiones del mercado universitario que piden conexiones empíricas entre saberes cada vez más funcionales y adaptativos.

Una manera —adicional respecto de la anterior y también presente en el libro— de desviar el trazado hegemónico del corpus metropolitano de los estudios culturales latinoamericanos, consiste en reactivar y potenciar la lectura de autores que, incluso dentro de las composiciones de paisaje que América Latina elabora de sus propias tradiciones y campos de estudios, ocupan un borde de marginalización y discriminación. A esta voluntad responde el texto de W. Mignolo que, al relatarnos los aportes teóricos del antropólogo Xavier Albó (antropólogo catalán radicado en Bolivia) y de la socióloga boliviana Silvia Rivera Cusicanqui, busca co-

regir el defecto que, en América Latina, “relega la producción andina a un segundo plano” como consecuencia de una geopolítica del conocimiento que le ha dado claro predominio a la producción teórica de una “intelectualidad criollo-mestiza-inmigrante (Cardoso, Faletto, O’ Donell) sobre la que se estructuró el debate tanto de la teoría de la dependencia como de los análisis de la transición a la democracia”, según la dirección de un eje ligado al área del Atlántico (“mirando la salida del sol, hacia el éste, con la espalda hacia el oeste”) que, además, hace cómo si el “pensamiento indígena” no tuviera importancia alguna para las ciencias sociales” (Mignolo, 2001:319). Lecturas como la de Mignolo nos recuerdan que, obviamente, la división Norte-Sur no es el único eje culpable de generar desigualdades de posición en los mapas de representación del saber/poder que se trazan en el continente y nos recuerdan, también, que el marco de una formación disciplinaria como la de las ciencias sociales se funda en historias de control epistémico sobre las nociones de totalidad y globalidad que, en complicidad con el diseño colonial, subalternizan múltiples estratificaciones de saber locales que, por discontinuas, se ven relegadas a la periferia del conocimiento legitimado. Esas relecturas son necesarias para obligar el saber de las disciplinas a revisar los criterios que organizan su cultura académica y para diversificar el mapa latinoamericano de la producción intelectual, reingresando a sus trazados aquellas voces marginadas por una colonizadora geografía del conocimiento. Pero no habría que perder de vista que la reivindicación del margen del margen como diferencia cultural latinoamericana (una diferencia que se emblemata en el plurilingüismo, el indigenismo o el subalternismo) puede terminar calzando demasiado bien con la fantasía metropolitana de una otredad primaria que los centros académicos imaginan, cómodamente, como un *antes de la traducción*. Esta otredad codificada puede también resultarle funcional a la perversa división del trabajo internacional que le encarga a América Latina la tarea de encarnar, neoprimitivamente, lo “subalterno” de lo “post-colonial” —en claves disciplinarias que se reducen generalmente a la antropología y la sociología— mientras la academia metropolitana se reserva el exclusivo privilegio de poder, ella sí, hablar del “post” de la postcolonialidad en el registro deconstructivo de la teoría, la filosofía y la metacrítica.

Es por ello que resulta especialmente interesante otra forma, presente en el libro, de descentrar el eje de las miradas sobre los “estudios culturales latinoamericanos”, revelando las zonas de roces y fricciones entre posiciones de autores que se enfrentan en torno al valor del arte, la cultura y la función intelectual, en debates vivos sobre memoria, crítica y mercado. Me refiero a la revisión que se hace de ciertas intensas polémicas locales o sublocales (Del Sarto, 2001), (Maccionni, 2001), (Wortman, 2001) que agitan buena parte del campo de la reflexión crítica en Argentina y Chile; debates precisamente invisibles en el mundo de los congresos del latinoamericanismo internacional, porque no entran en el registro del subalternismo y del postcolonialismo que hegemonizan la discusión

Norte/Sur en los términos convenidos y aprobados por la academia angloamericana. El análisis de estos debates sublocales tiene la capacidad de hacer vibrar conflictos y antagonismos de voces que, en torno a *la política, la cultura y el mercado*, dan cuenta de los agudos dilemas que rodean las redefiniciones de la figura del “intelectual crítico” en contextos de postdictadura en los que, de acuerdo al agenciamiento neoliberal, democratización y consumo son regidos por los mismos criterios de tecnificación económica; de disolución de lo crítico-ideológico bajo las reglas del mercado cultural y de las industrias massmediáticas.

### **La universidad y sus otros: movimientos sociales, mercado y políticas culturales, arte y crítica intelectual.**

Sin lugar a duda, uno de los principales énfasis de la introducción de D. Mato (el mismo énfasis que determina la orientación que el autor le quiso dar al proyecto de este grupo de trabajo) se coloca en la necesidad de ampliar el entendimiento de los “estudios culturales latinoamericanos” o, mejor dicho, de los “estudios sobre cultura y poder”, a *prácticas no exclusivamente académicas*, es decir, a:

[...] prácticas que involucran no sólo la producción de “estudios” como también otras formas con componentes reflexivos, o de producción de conocimiento. Algunos suponen trabajo con diversos grupos de población en experiencias de autoconocimiento, fortalecimiento y organización, otras son de educación popular, otras se relacionan con los quehaceres de creadores en diversas artes (Mato, 2001:12).

Son varias las razones que podríamos evocar para justificar la necesidad de extender las fronteras de lo que se entiende por “estudios sobre cultura y poder en América Latina” a espacios donde se cruzan los límites que desbordan las compartimentaciones académicas del saber universitario. Desde ya, la misma tradición histórico-social de la crítica intelectual latinoamericana exhibe, como rasgo distintivo, el haberse siempre desplegado en soportes múltiples que incluyen el periodismo y diversos otros modos de intervenir en el debate político-nacional. La relativa movilidad de desplazamientos de la que goza la crítica latinoamericana parecería deberse, en parte, a la mayor precariedad que exhibe el trazado de constitución de las disciplinas en la tradición universitaria de América Latina donde ni los *fundamentos de autonomía* ni las *reglas de especialización del conocimiento* poseen el mismo valor de pureza que sí tienen en las regiones centrales de la modernidad dominante. J. Ramos ha señalado cómo los “desencuentros” de la modernidad latinoamericana (que vive *irregularmente* sus procesos de separación discursiva y de especialización profesional de la literatura y la política) inciden en la fragilidad del reticulado institucional de la cultura en América Latina y, también, en la mayor porosidad de las fronteras —siempre inestables— entre las disciplinas dentro de la universidad pero también entre el adentro y el afuera de la universidad

(Ramos,1989). La fragmentación dispersa de los procesos de identidad latinoamericana que se interrumpen violentamente unos a otros o bien se mestizan según excéntricas revolturas de códigos; la productividad crítica de trabajar con los desfases y asimetrías de temporalidades y hablas sobresaltadas, acusa el fracaso de cualquier tentativa de sistematización homogénea del conocimiento que no tome en cuenta lo disgregado e impuro de estas mescolanzas latinoamericanas. Estas disgregaciones e impurezas de los trazados culturales en América Latina que accidentan el diseño regular del saber marcan una insalvable distancia entre la hibridez local y el purismo institucional de aquella “lógica de los campos” forjada en las regiones centrales, donde las reglas de separación y diferenciación han procedido con mayor coherencia e firmeza. Pero torna indispensable el prestarles atención a los modos desafiliados según los cuales ciertos saberes latinoamericanos de la fractura, de la emergencia y de la precariedad, entran en conflicto con la síntesis unificadora de la razón académica para generar heterodoxos nudos de pensamiento en los bordes más disgregados de los modelos de formación universitaria, tal como ha ocurrido en los contextos dictatoriales del Cono Sur donde el pensamiento crítico ha tenido que salirse del refugio universitario, para repolitizarse en los choques con un contexto histórico en pleno desarme y convulsión. Estas sacudidas explican, quizás, porqué las obras de los críticos latinoamericanos pueden ser vistas como “obras que *le hablan a la cultura latinoamericana como espacio social en vivo*, no desde debates literarios organizados por mercados académicos” (De la Campa,2000:89) y como obras siempre agitadas, aunque se concentren en lo “textual”, por la tensión entre lo *crítico-intelectual* y lo *político-social*.

Pero está claro que la preocupación de D. Mato quiere abarcar tránsitos que vayan mucho más allá de esta heterogeneidad de soportes que ocupa la palabra escrita del intelectual latinoamericano cuando se interesa por hablarles a distintos públicos, desde distintos lugares y según distintos registros de enunciación. Le preocupa más bien a D. Mato extender la categoría de intelectuales a todos aquellos que, más allá de la cultura académica de la palabra escrita, se inserten en tramas de articulación que, tal como ocurre en este libro, pasan por «la experiencia efectiva en la formulación de políticas culturales para los Estados y/o para diversos movimientos sociales [...]»; por participar activamente en debates públicos y/o en el diseño de políticas para las artes y/o los medios y las llamadas “industrias culturales”» ya que:

[...] efectivamente es común en diversos medios intelectuales latinoamericanos hacer explícitos los intereses de intervención en el diseño de políticas de diversos actores sociales, incluso pero no sólo de los gobiernos nacionales y sus agencias, sino y con una amplia diversidad de actores sociales, la cual incluye organismos internacionales, organizaciones de derechos humanos, organizaciones indígenas, organizaciones afrolatinoamericanas, y otros actores participantes en diversos movimientos sociales (Mato,2000:25).

Su preocupación pasa por rescatar iniciativas como las de Paulo Freire y Orlando Fals Borda como figuras:

[...] que han mantenido y mantienen prácticas dentro y fuera de la academia y que por tanto no necesariamente, o no siempre ni sólo, hacen “estudios” —y por destacar— [...] al movimiento zapatista en México [...]; los movimientos e intelectuales indígenas en casi todos los países de la región [...] y sus figuras públicas del peso de Rigoberta Menchú y Luis Macas[...]; el movimiento afroamericano; [...] el movimiento feminista; el movimiento de derechos humanos [...] (Mato, 2001: 25).

Entre otras manifestaciones que usan medios alternativos a la investigación académica para marcar su compromiso con proyectos de transformación social.

Punto a parte merece la mención al feminismo. Coincido con G. Yúdice cuando señala que un “punto débil” de los estudios culturales latinoamericanos consiste en “una escasa atención a las cuestiones de género y orientación sexual” (Yúdice,2001:573). Este “punto débil” señala una importante diferencia entre los estudios de la interdisciplinariedad tal como se practican desde las ciencias sociales o las teorías de la comunicación en América Latina y el corte posestructuralista de los Cultural Studies que, al trabajar sobre subjetividad, poder y representación, no se permiten a sí mismos (felizmente) dejar de lado a la teoría feminista. Este libro, al menos, registra la voz de Virginia Vargas hablando sobre “los feminismos latinoamericanos”, además de la voluntad de su coordinador de querer incluir a las organizaciones de mujeres en el listado de las fuerzas de transformación social que cuestionan los límites de exclusión y discriminación ciudadanas. Sin embargo, hace falta subrayar lo siguiente: la mirada progresista de la investigación social que apoya al feminismo como movimiento de lucha puede, efectivamente, servir para ampliar el corpus de prácticas al que se refiere un libro como éste sobre “cultura” y “poder”, pero esta apertura de planos que diversifica objetos de estudios no garantiza en absoluto la transformación de la *mirada crítica*. No es lo mismo interesarse en *el feminismo como movimiento social* (dejando que este nuevo objeto se sume a la lista de otras prácticas de oposición) que incorporar el *punto de vista de la teoría feminista* como subversiva incitación a la reformulación del conocimiento. F. Masiello sugiere que:

[...]como un gesto que reemplaza el gran interés por la subalternidad que ocupó la atención de los intelectuales en las décadas anteriores, el género sexual hace su ingreso ahora para afirmar el poder del margen; permite proponer una doble lectura en el campo de la política e *introduce un conflicto en el campo de la representación* (Masiello, 2001:15).

Si el margen de la diferencia genérico-sexual desempeña hoy tal protagonismo en el análisis de las luchas entre identidad, subjetivación y poder, es porque este margen designa procesos que “van mucho más allá de la reproducción de *roles sociales*, y avanzan de hecho hacia la reinención del *significado* en un plano simbólico” (Masiello,2001:72). Para leer la capacidad disruptiva que introduce el femi-

nismo como vector semiótico-cultural en el desmontaje de las relaciones de fuerza entre identidad, lenguaje y representación, hace falta tomarse en serio la *teoría feminista* (y no sólo las *organizaciones de mujeres*, bajo la lógica sociologizante de los “movimientos sociales”); cuestión aún escandalosamente pendiente a juzgar por las citas bibliográficas de los estudiosos de la cultura latinoamericana.

Son varios los textos de este libro que incursionan en la dirección señalada por D. Mato, al ocuparse de figuras cuyo compromiso investigativo va activamente ligado, por ejemplo, a problemáticas de derechos humanos como es el caso de E. Jelin (Antonelli, 2001), la Universidad de las Madres de la Plaza de Mayo (Basile, 2001) y de la Red de Apoyo por la Justicia y la Paz (El Achkar, 2001) o bien a comunidades étnicas como es el caso de Jesús “Chucho” García (García I., 2001) y movimientos indígenas (Dávalos, 2001). Los proyectos de estos autores demuestran vínculos de implicación solidaria con dinámicas comunitarias cuyo contenido de eticidad merece ampliamente ser rescatado y valorado. Me parece útil, sin embargo, recordar la advertencia que nos hace García Canclini:

[...] adoptar el punto de vista de los oprimidos o excluidos puede servir en la etapa de *descubrimiento*, para generar hipótesis o contrahipótesis que desafíen los saberes constituidos, para hacer visibles campos de lo real descuidados por el conocimiento hegemónico. Pero en el momento de la *justificación* epistemológica conviene desplazarse entre las intersecciones, en las zonas donde las narrativas se oponen y se cruzan. Sólo en esos escenarios de tensión, encuentro y conflicto es posible pasar de las narraciones sectoriales (o francamente sectarias) a la elaboración de conocimientos capaces de deconstruir y controlar los condicionamientos de cada enunciación (García Canclini, 2001: 25).

Es decir, por un lado, debemos desconfiar del optimismo con el que se le otorgan “capacidades especiales a ciertas posiciones sociales (los colonizados, los subalternos, los obreros, los campesinos) en una sobrevaloración de posiciones oprimidas como fuente de conocimiento” ya que “no existen posiciones privilegiadas para la legitimación del saber” (aunque el saber en cuestión sea el de la subalternidad) y, por otro lado, debemos esforzarnos para pensar desde las “intersecciones” donde las narrativas del saber “se oponen y se cruzan”: sin nunca perder de vista la heterogeneidad conflictiva de valores y posiciones que dividen las relaciones entre el saber, la crítica, la política, la ideología, la cultura. Esta heterogeneidad de registros, que es también contradicción y, por lo mismo *tensionalidad*, no puede disolverse en la linealización de una perspectiva que va del “conocimiento” a la “acción”, de lo discursivo a lo operante, como si ese tránsito entre “saber” y “comunidad”, entre la intelectualidad académica y los “actores sociales de carne y hueso” no pasara por *zonas de experiencia, regulaciones de territorio y construcciones de discurso*, que obedecen a lógicas muy disímiles y, a veces, opuestas, en sus respectivos modos de entender la palabra “transformación”. Lo popular y lo subalterno no pueden leerse,

simplistamente, como fuentes *directas* de un conocimiento *puro* que se pone *al servicio* de los intereses de la comunidad a la que beneficia políticamente su activismo de la protesta o de la resistencia. Sin negar la materialidad histórica y política del campo de referencialidad social en el que se despliegan sus activismos del conocimiento, debe insistirse en que lo popular y lo subalterno son categorías que, en el mundo de la investigación, se producen mediadas y agenciadas por un dispositivo de teorización académica que las somete a discontinuidades y fracturas: a *múltiples conflictos entre la disidencia y la negociación*, entre el hecho de querer *representar a la externalidad viva de un cuerpo extra-académico* y su condición de *categorías que obtienen un valor de mercado en el circuito transnacional del conocimiento financiado de las ONG's*. Existen múltiples peligros en una idealización de lo “popular” que lleva el intelectual a querer depositar —redentoramente— en la conciencia práctica de su “otro” comunitario, el valor de un conocimiento considerado más “verdadero” (directo, vivenciado, auténtico) que aquel que se construye y autodeconstruye teóricamente. Lo “popular” no es un referente preconstituido, ya dado: una esencia previa a la historia de su construcción, anterior y exterior a las matrices discursivas, a las agencias teóricas y político-institucionales que le otorgan valor y significación en un determinado sistema de apelación e interpelación de la cultura. La constitución de lo “popular” depende de las *articulaciones* que lo definen en *los cruces* de varios sistemas de categorías que ponen en conflicto diversos sentidos de la palabra “cultura”.

Entre las legalizaciones institucionales de los saberes académicos, las acciones prácticas en los mundos de lo popular (comunidad, sociedad civil, etc.), las mediaciones instrumentales que administran sus sistemas de acción y las simbolizaciones imaginarias de la cultura que desordena el arte, hay brechas de confrontación donde lo teórico y lo político, lo crítico-intelectual, ponen en juego energías que no responden todas a los mismos criterios de “intervención” o “eficacia”. En ese sentido, resulta discutible una de las afirmaciones que parecería orientar tácitamente algunas secciones de este libro: la que consiste en darle mayor valor al conocimiento *en vivo y en directo* de las prácticas comunitarias que a las intervenciones crítico-intelectuales que se juegan en el escenario de la cultura institucionalizada, por considerar al primero dotado de un mayor coeficiente político. Entrar en esta discusión implica revisar un largo debate que comienza preguntándose por cuáles son los índices —cuantitativos o cualitativos— de radicalidad política que deciden de la fuerza transformadora de las prácticas críticas. No hay cómo abordar esta pregunta sin tomar en cuenta a su vez las confrontaciones de sentido que se desatan entre las múltiples definiciones de la palabra “cultura”, cuando se la piensa desde la “crítica”. Estas definiciones, ya lo sabemos, van desde lo *antropológico-social* (el conjunto de los intercambios simbólicos que llevan, cotidianamente, los grupos sociales a representar y co-

municar sus identidades) a lo *ideológico-estética* (las batallas de la forma que le otorgan densidad a las obras del arte y la literatura como campos de producción y debate especializados) a lo *político-institucional* (los mecanismos de regulación de la cultura como producto a administrar, en el cruce entre Estado, sociedad y mercado). La tendencia a privilegiar o a excluir una de estas definiciones (la antropológico-sociológica o la crítico-estética) es precisamente lo que pone en debate el habitual enfrentamiento entre quienes vienen del mundo de las ciencias sociales y los practicantes de los estudios literarios. Ese debate reubica la categoría de lo “popular” en una trama muy compleja de argumentos y puntos de vista a menudo enfrentados entre sí en torno al significado *crítico* de una práctica de resistencia, de un discurso oposicional, que no se resuelve simplemente colectivizando el trayecto del conocimiento o extendiendo —solidariamente— la noción de “investigación” más allá del formato académico.

Dos textos de esta publicación ponen en tensión definiciones que son muy útiles para introducir matices entre las *políticas culturales* y lo *político cultural* (Wortman, 2001) y para señalar la “amplia gama de mediaciones entre lo *político de lo cultural* y lo *cultural de lo político*” (Ochoa, 2001: 348); y para insistir además en que esta gama de mediaciones debe ser *teorizada* para que el campo de las políticas culturales no quede completamente entregado a criterios funcionalistas de simple rendimiento burocrático-administrativo: “la teoría crítica debe jugar un papel fundamental”, nos dice Ana María Ochoa, porque si no:

[...] se corre el riesgo de la instrumentalización del saber para funciones académicas en las cuales no hay cabida para los contradictorios y difíciles procesos de intermediación entre teorización y práctica de las políticas culturales; una instrumentalización que reduce las múltiples formas de mediación entre prácticas culturales y procesos sociales a una relación empírica caracterizada por prácticas de “planificación”, “administración” y “gestión” cultural propias de la noción de desarrollo (Ochoa, 2001: 356).

Pese a este saludable deseo de querer ingresar a la reflexión sobre las políticas culturales la tensión entre “estética de los lenguajes” y “sociología de las representaciones,” tenemos que reconocer, lamentablemente, que la tendencia mayoritaria que se expresa en el campo de las políticas culturales va más bien por el lado contrario: el de tecnificar los saberes para que sean lisamente aplicables según *racionalidades expertas*, que quieren dejar fuera de sus áreas de competencia y eficiencia todo debate crítico-ideológico sobre las *opacidades* de lo estético y lo cultural. Tal como el deseo y “la fantasía, como interface de identidad y política, no se presta fácilmente a los análisis cognitivistas y políticos característicos de orientaciones marxistas en los Cultural Studies” (Yúdice, 2001: 587), es evidente que el mundo de la profesionalización técnica del conocimiento que sólo le cree a la *operatividad del dato* —y esta es la dominante de la versión más burocratizada

de la sociología y las políticas culturales de América Latina— tampoco se lleva bien con la metafóricidad del arte y de la literatura cuyos juegos figurativos se preocupan, sobre todo, de recorrer las fallas y excedentes de los imaginarios simbólicos. Como bien dice C. Hernández:

[...] existen relaciones direccionales poco satisfactorias entre la producción artística —visual y literaria— y los estudios latinoamericanos sobre cultura y poder. Por su tendencia a representar un sector elitescos de la cultura, con sus propios códigos y estatutos, la esfera artística —asociada a la alta cultura— se despacha demasiado rápido como un problema de poco interés y se privilegia el estudio de otro tipo de producciones más próximas al consumo masivo o popular” —siendo que— dentro del propio campo se gestan tensiones discursivas muy poderosas que lucha por reorientar las líneas de producción, los modos de circulación y la recepción de las obras (Hernández, 2001: 237).

Habría que sospechar del porqué tanto el “neopopulismo subalternista” como el “neopopulismo mediático” (Yúdice, 2001: 579) de los estudios culturales se muestran ambos tan interesados en sacar de la escena del debate las complejidades expresivas de la relación —tensa y densa— entre subjetividad, lenguaje y representación, que anima el juego estético. Frente a la serialidad homogeneizante con la que el mercado (y sus saberes comisionados) buscan traducirlo todo a los vocabularios planos de lo masivo, es indispensable que el arte y la literatura, la crítica cultural, sigan teniendo la oportunidad de transgredir el ordenamiento productivista de lo social que vigilan las economías del saber neoliberal. Su rol —insuprimible a la hora de hablar de crítica de la cultura— es el de torcer los planos de significación dominantes y desencajar su verosímil de la razonabilidad política o económica, poniendo en el foco de la mirada crítica los tumultos de la subjetividad y los vocabularios disidentes que no quieren dejarse alinear por los requerimientos normalizadores de lo simple, lo directo y lo transparente.

Me parece que cualquier reflexión sobre “cultura” y “poder” debería tratar de incorporar también a su agenda de debate aquellas preguntas que tienen que ver con los *regímenes del saber*: con sus condiciones de *funcionalidad* (de positividad instrumental) o bien de *críticidad* (de resistencia negativa al empirismo banal que sirve la pragmática del conocimiento de la globalización, leído sea desde la academia sea desde las ONG’s). Si sólo se atiende la demanda por la practicidad investigativa del dato, ¿Qué destino reservarle a la teoría como inflexión metacrítica de un texto que prefiere las incertidumbres y los desajustes del *pensar* a la explicatividad del *saber*? ¿Cómo formular una “crítica de oposición” desde los estudios culturales (o desde los “estudios sobre cultura y poder”) si todo lo que se investiga en materia de política, de economía y de cultura, se resuelve en términos de operatividad y tecnicidad? ¿Puede haber *resistencia crítica* en un proyecto de reorganización del conocimiento —el de los estudios culturales latinoamericanos— que parece perseguir sobre todo

la adecuación satisfecha entre la gobernabilidad de la política, la administratividad de lo social, la consumibilidad de lo cultural, la convertibilidad de los saberes a una economía flexible de la reconversión disciplinaria para fines de adaptación-integración al mercado de las estadísticas? ¿Cómo demarcarse del mercado informativo de los saberes competentes con que la globalización capitalista *diagnostica* y *resuelve* sus problemas en el mismo lenguaje expedito de los informes y de las comisiones internacionales, para seguir pensando sobre cultura y política desde preguntas que se quieren denunciantes pero autoreflexivas a la vez, es decir, siempre pendientes de los dilemas que tensionan la crítica entre *intervención* y *enunciación*?

#### Nota del compilador

Las ponencias referidas por la autora en este texto fueron presentadas en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001, y constituyen las versiones preliminares de los artículos incluidos en este volumen, los cuales fueron elaborados con posterioridad a la reunión en base a aquellas.

### Referencias bibliográficas

- Antonelli, Mirta (2001) "Nuevos escenarios/nuevas interlocuciones. Para re-pensar las exclusiones. Elizabeth Jelin, Néstor García Canclini, Daniel Mato". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- Basile, Teresa (2001) "Educación y política. La Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- De la Campa, Román (2000) "De la deconstrucción al nuevo texto social: pasos perdidos o hacer en los estudios culturales latinoamericanos". En: Mabel Moraña (ed.): *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina; el desafío de los estudios culturales*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Del Sarto, Ana (2001) «Disonancias entre las ciencias sociales y la "crítica cultural". Aportes y límites de un "diálogo cómplice"». Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- El Achkar, Soraya (2001) "Liberación dialógica del silencio: una intervención político cultural". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- Ferreira, María Candida (2001) «"Só me interessa o que nao é meu": a antropofagia de Osvald de Andrade». Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- García, Illia (2001) "Representaciones de identidad y organizaciones sociales afrovenezolanas". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- García Canclini, Néstor (2001) "Introducción a la edición en inglés. El diálogo norte-sur en los estudios culturales". Incluida en la 2da. edición de *Consumidores y ciudadanos*. México: Grijalbo.
- Grimson, Alejandro y Varela, Mirta (2001) "Audiencias y culturas populares. Estudios de comunicación y cultura en la Argentina". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- Hernández, Carmen (2001) "Crítica a la exotización y a la sociologización del arte latinoamericano". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- Lins Ribeiro, Gustavo (2001) "Postimperialismo: para una discusión después del post-colonialismo y del multiculturalismo". En: Daniel Mato (comp.): *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Buenos Aires: CLACSO.
- Maccioni, Laura (2001) "Nuevos significados de "política", "cultura" y "políticas culturales" durante la transición a la democracia en los países del cono sur". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- Masiello, Francine (2001) *El arte de la transición*. Buenos Aires: Norma.
- Mato, Daniel (2001) "Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- Mignolo, Walter (2001) "Descolonización epistémica y ética: la contribución de Xabier Albo y Silvia Rivera Cusicanqui a la reestructuración de las ciencias sociales desde los Andes". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- Ochoa, Ana María (2001) "Políticas culturales, academia y sociedad: (in)mediaciones". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- Pajuelo, Ramón (2001) "El lugar de la utopía. Aportes de Aníbal Quijano sobre cultura y poder". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- Patiño, Roxana (1999) "Discursos teóricos y proyectos intelectuales: *Punto de vista* y la introducción de Raymond Williams y Pierre Bourdieu en la Argentina", en *Revista e.t.c.* Año 7, N° 10. (Córdoba).

- Poblete, Juan (2001) "Trayectoria conceptual de Angel Rama: de la dialéctica de la producción cultural entre autores y públicos". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- Ramos, Julio (1996) "El proceso de Alberto Mendoza: poesía y subjetivación". *Revista de Crítica Cultural* N. 13, noviembre 1996. (Santiago).
- \_\_\_\_\_ (1989) *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ríos, Alicia (2001) "La tradición culturalista en América Latina". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- Sarlo, Beatriz (1997) "Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa". *Revista de Crítica Cultural*. N. 15, Noviembre 1997. (Santiago).
- Wortman, Ana (2001) "El devenir de lo político cultural en la Argentina. ¿Una nueva cultura o nuevas subjetividades del pensamiento". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.
- Yudice, George (2001) "Los Estudios Culturales y la nueva división internacional del trabajo cultural, o cómo se colabora y se contiene en la construcción de una transdisciplina transnacional". Ponencia presentada en la 3ra Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO "Cultura y Poder" realizada en Caracas del 29 de noviembre al 01 de diciembre de 2001.

